

muda de terror delante de sus órdenes crueles y arbitrarias. Todos los lores eran hombres nuevos que le debían sus riquezas y honores, y rivalizaban entre sí por su adulacion y bajeza. Los oradores le comparaban en sus empalagosas arengas á Salomon por la sabiduría, á Sanson por la fuerza y el valor, á Absalon por la hermosura; y cumplimentaban á *Su Sacratísima* Majestad por su conocimiento de las Escrituras. Los comunes, cuyos miembros eran nombrados por aquellos hombres serviles ó por el mismo rey, cuidaban de no contrariar los votos del tirano. Así es que la religion, los derechos de la ley, todo variaba por el capricho del déspota. Se contaron bajo el solo reinado de Enrique VIII hasta 72,000 condenas capitales. Este horroroso despotismo se continuó hasta la muerte de Isabel. David Humes confiesa que en tiempo de esta mujer imperiosa el gobierno de Inglaterra se parecia al gobierno actual de los Turcos. Todo hombre que entonces se tomaba la libertad de hacer la mas pequeña observacion sobre la marcha de los negocios, era encarcelado ó enviado al cadalso. Los Estuardos heredaron este bárbaro despotismo consagrado por los Tudores, y fueron víctimas de él. Porque desde entonces tuvo lugar una reaccion profunda. Las doctrinas protestantes, al penetrar en las masas, les inspiraron ideas de independencia. El pueblo, despues de haber negado la Iglesia y destruido su jerarquia, echó la culpa á la autoridad civil, pretendiendo que todo individuo tenia derecho á una entera libertad. De ahí todos esos niveladores é independientes que enviaron á Carlos I al cadalso, é intentaron fundar una república sobre los restos de la monarquía destruida.

De la constitucion de los pueblos eslavos y escandinavos. El protestantismo y el cisma griego, que eran las religiones dominantes del Norte, favorecieron considerablemente al despotismo. La Rusia, que nunca habia conocido sino la vara de los tiranos, sintió todavía caer sobre ella la mano pesada del zar, desde el momento en que se separó de los patriarcas de Constantinopla bajo el aspecto religioso. La Suecia y Dinamarca fueron violentadas en su conciencia por los soberanos que los impusieron la reforma; pero su gobierno no fue verdaderamente absoluto sino en la época siguiente. En todas estas comarcas solo la Polonia conservó con la pureza de su fe el beneficio de su libertad, pero desgraciadamente no supo gozar de este don precioso. Su nobleza consagró ciegamente la monarquía electiva con la esperanza de conservar mejor su poder, y por este falso principio abrió una tumba para la nacion y para sí misma.

§ II. De la Iglesia y de su influencia.

De la situacion de la Iglesia en general. La situacion de la Iglesia durante esta época es enteramente excepcional. En la edad media solo tuvo que padecer por los errores de diversas sectas que se negaban á adherirse á algunos de sus dogmas; pero en ninguna parte se vió obligada á combatir naciones enteras sublevadas contra su autoridad. Hasta la reforma se habia manifestado siquiera un respeto exterior al poder que habia recibido; pero Lutero atacó con orgullo y sin rodeos su poder, rehusándole absolutamente toda sumision. Los príncipes aplaudieron el audaz impetu del fraile, porque encontraban por este medio su propia emancipacion; y hemos visto algunos pueblos enteros que rompieron directamente con la sociedad católica.

De las variaciones del error. No obstante, si hubo algun concierto en el ataque, los enemigos de la Iglesia romana se encontraron impotentes para conservar entre sí la mas pequeña unidad. De acuerdo únicamente para negar, cuando les fue posible formular un símbolo, produjeron muchas opiniones diversas. Lutero y Calvino se prodigaron mutuamente el sarcasmo y la injuria, Zuínglo guerreó abiertamente contra el reformador sajón; Socino imaginó un naturalismo odioso que asustó á los mismos reformados. Como se permitia á todo hombre referirse únicamente á su razon y basar su fe sobre todas las interpretaciones de la Biblia que la pareciesen plausibles, hubo tantas religiones como individuos. Esto es lo que ha hecho decir con verdad que seria mas fácil contar todas las nubes que pasan delante del sol en un dia de tormenta, que enumerar las variaciones que el protestantismo ha experimentado. Esta movilidad sin fin causó últimamente su ruina; pero no impidió que el error gozase al principio de cierto ardor de proselitismo que contribuyó á hacer grandes conquistas en todas partes en que las pasiones pedían libertarse del yugo que las oprimia.

De la accion de la dignidad papal. Cuando el peligro llegó á ser inminente, la Providencia hizo maravillas admirables en la Silla de san Pedro. De repente la dignidad papal cambió de carácter. Julio II y Leon X se habian mostrado pontífices dignos; pero acaso no comprendieron bastante profundamente las necesidades de su época, el uno combatiendo sin cesar y exclusivamente con miras de interés temporal, y el otro rodeándose de todas las magnificencias del arte pagano. Pero inmediatamente despues de la muerte de Leon X la tiara fue dada á Adriano VI. Este austero Neerlandés, que trataba con desden todo lo

que no era cristiano, lloró las faltas de sus predecesores, y principió á reformar en Roma aquel exceso de lujo y de grandeza que antes habia escandalizado á la rigidez y flemma de los Germanos. No habiendo bastado las lágrimas de este pontífice para expiarlo todo, el Señor castigó á la ciudad eterna. enviándole en tiempo de Clemente VII, sucesor de Adriano, los soldados fanáticos del luterano Fronderberg. Mas tarde, despues de haberla purificado de este modo con los padecimientos, le dió por pontífice al celebre Paulo III, quien introdujo en el sacro colegio á los Contarini, Caraffa y Sadolet, los hombres mas santos y sabios de su siglo. Siguiendo sus prudentes consejos, reformó la cámara apostólica, la Rota, la chancillería y la penitenciaría. Desde este momento ya no se ven aparecer en la silla pontificia mas que hombres de talento, á saber: Pio IV, apoyado en la ciencia y virtud de san Carlos Borromeo: san Pio V, el vencedor de Lepanto; Gregorio XIII y Sixto V, cuyo genio no necesita elogio. El siglo XVI se concluye con Clemente VIII, que ve á su lado á Belarmino y Baronio, las dos lumbreras de todo el catolicismo. Estos valerosos pontífices se mezclaron enteramente en todos los acontecimientos, y fueron los únicos, entre todos los soberanos de la Europa, que tuvieron el mérito de un objeto conocido y de una política consecuente consigo misma. Sus principales medios de accion fueron el concilio de Trento, las órdenes religiosas, y el genio de los hombres de talento que se decidieron por la defensa del catolicismo.

Del concilio de Trento (1545-1563). La celebracion de un concilio universal en medio de todas las divisiones que desgarraban á la Europa fue verdaderamente un acontecimiento providencial. Al principio pareció imposible, tal era la oposicion que habia que vencer por parte de las potencias temporales. En fin se consiguió reunirlos. Una vez congregado, la irritacion de los espíritus era tal, que estallaron espantosos tumultos en el seno de esta augusta reunion. Tres veces las dificultades del tiempo obligaron á interrumpir sus trabajos, y su obra no se consumió sino despues de diez y ocho años de esfuerzos. Pero á pesar de estas pruebas de todo género, el Espíritu Santo no abandonó un solo momento á su iglesia. A despecho de todos estos conflictos de opiniones diversas, las decisiones del concilio ofrecieron un conjunto de doctrinas llenas de unidad y armonía. Sus reglamentos de disciplina contienen toda la prudencia y santidad de las leyes eclesiásticas de los primeros siglos. Ellos sirvieron de base á todos los estatutos particulares publicados en los diversos concilios provinciales celebrados en Francia, y principalmente en los concilios de Milan presididos por san Carlos Borromeo.

De las órdenes religiosas. Mientras que toda la Iglesia reunida promulgaba así su creencia y sus principios de disciplina, las órdenes religiosas, que hacen su poder y su vida, se desarrollaban admirablemente. Esta magnífica vuelta á la observancia de las reglas primitivas que hemos hecho notar al fin del siglo XV, fue todavía provocada de una manera mas activa por los escándalos de la reforma. Los novadores libertaron á la Iglesia de esa infinidad de hombres corrompidos que la afligian, y los que quedaban rivalizaron de celo para expiar cerca de Dios los crímenes de sus hermanos apóstatas. La Iglesia volvió á encontrar en la persecucion toda su fecundidad primitiva. De su mismo seno sacó una multitud de órdenes nuevas, cuya decision variada se puso en relacion con todas las necesidades presentes de la humanidad. San Camilo de Lelis instituyó bajo el título de *Ministros de la buena muerte* una congregacion que se ocupó del cuidado de los enfermos; san Francisco de Sales confió las mismas funciones á las hermanas de la Visitacion, que se esparcieron en Francia, Italia, Polonia y Alemania; san Juan de Dios creó hospicios magníficos, y en todas partes la caridad de los primeros cristianos se manifestó por medio de acciones llenas de heroísmo. Como la reforma abusaba principalmente de la ignorancia de los pueblos para seducirlos, se vieron aparecer un gran número de órdenes nuevas, cuyo objeto era la predicacion y la enseñanza de los pobres y niños. César de Bus, natural del condado Venaisino, estableció con este objeto la orden de los *Sacerdotes de la doctrina*, que Clemente VIII aprobó en 1597, y que pobló de catequistas celosos las provincias de Paris, Aviñon y Tolosa. Establecimientos semejantes se multiplicaron en Roma y en toda la Italia. La mas notable de estas congregaciones fue la de los Teatinos, que se estableció en Venecia y se extendió á Pádua, Milan y Génova, y aun envió apóstoles hasta el interior de las regiones del Cáucaso. San Felipe de Neri puso los fundamentos del Oratorio en Italia. El cardenal de Berulle lo difundió en Francia (1613), y sus progresos fueron muy rápidos entre nosotros. En poco tiempo los oratorianos, acogidos con confianza en todas las diócesis, obtuvieron la mayor parte de los colegios y seminarios, y se hicieron una reputacion merecida de saber y de erudicion.

Pero la orden que se distinguió entre todas las demas fue la de los Jesuitas. San Ignacio de Loyola, su fundador, se la habia representado bajo la figura de un ejército alistado bajo los estandartes de Jesucristo, para hacer la guerra á los secuaces del error. Este ejército se extendió en un instante por toda la cristiandad. Decidido en favor del soberano pontífice, á quien prometia una obediencia sin limites, combatió por su autoridad en todos los lugares en que habia sido atacada.

Este fue el obstáculo que la mano de Dios opuso á los progresos del protestantismo; y la sociedad de Jesus, no contenta con luchar por el sosten de la fe en Europa, invadió el Nuevo Mundo á medida que lo descubrieran; y el sol no iluminó con sus rayos un solo palmo de terreno, que estos hombres decididos no hubiesen santificado por sus virtudes durante el primer siglo de su existencia.

De las misiones. Los Jesuitas no fueron los únicos que anunciaron el Evangelio á los pueblos salvajes de la América, de las Indias y de la China. Los hijos de Santo Domingo y de san Francisco se habian embarcado en los buques de los primeros navegantes que intentaron estos descubrimientos peligrosos. En el momento mismo en que muchas naciones de Europa se separaban de la Iglesia católica, su celo la indemnizaba de aquella pérdida dándole nuevos hijos entre aquellos pueblos, desconocidos aun, y sumidos en las tinieblas del politeísmo. En el siglo xvi se establecieron brillantes misiones en América, China y el Japon. La persecucion fue muy violenta en estos últimos países; pero los misioneros católicos supieron imitar á los apóstoles, dando su sangre por la conversion de los infieles.

De los escritores eclesiásticos. La Iglesia respondia á los que le echaban en cara su corrupcion nombrando los santos que producía, y refiriendo la decision y virtud de aquellos millares de religiosos que la servian. A los que hablaban de su ignorancia oponian los trabajos y la gloria de los Eckius, de los Emser y de los Sadolet, la erudicion y elocuencia de Melchor Cano, del cardenal Polo, de san Carlos Borromeo, de Luis de Granada, de Baronio, de Belarmino, de Tolet, de Duperron, y de san Francisco de Sales. Esta apología era perfecta. En medio del peligro la Providencia le habia prodigado todos sus auxilios.

§ III. Del carácter de la literatura nacional de la Europa en el siglo xvi.

De la literatura italiana. El siglo xvi, el siglo de Leon X, fue la edad de oro de la literatura en Italia. La antigüedad, estudiada y profundizada con un verdadero entusiasmo en el siglo anterior, fue entonces imitada, resucitada digámoslo así, por los poetas y prosadores latinos que recordaron los bellos tiempos de Augusto. Pedro Bembo, secretario de Leon X, no hablaba sino con las palabras y frases de Ciceron; Sadolet se habia hecho en sus odas el eco de Horacio; Vida, despues de haber

trazado en versos graciosos y esmaltados de las flores mas puras los deberes del poeta y las reglas de la poesia salpicaba su *Christiada* con bellezas de primer orden que hacian se le comparase á Virgilio; Paulo Jove escribió la historia de su tiempo en el estilo de Tito Livio, sin tener no obstante la pureza y elegancia de su modelo; César Baronio ostentaba en sus *Anales eclesiásticos* los tesoros de su vasta ciencia para responder á los historiadores luteranos de Magdeburgo; y Belarmino componia con notable claridad de estilo sus *controversias*, en las que pulverizaba todos los *sofismas* minuciosos del protestantismo. Pero esos no son mas que los monumentos que decoraron entonces á la literatura latina, que llamaban literatura sabia, porque solamente estaba al alcance de los literatos.

La lengua italiana, enriquecida y fortalecida por este estudio profundo de todas las maravillas de Roma y de Atenas, principió al mismo tiempo á dotar la literatura nacional con las obras maestras mas admirables y en todos los géneros. La epopeya romanésca, cuyos primeros ensayos hemos señalado en el siglo xvi, llegó de repente al grado mas elevado de perfeccion bajo la pluma de Ariosto en su *Orlando furioso*. La epopeya heróica, que el Trissino habia resucitado de los antiguos en su *Italia libertada de los Godos*, se colocó á la altura de las mas ricas epopeyas antiguas en la *Jerusalem libertada* de Torcuato Tasso. El poema didáctico fue escrito con elegancia y viveza por los Rucellais, los Muzios y los Alamanuis. No se podrian contar todos los poetas célebres que hicieron resonar su lira con pasmosas armonias. Desarrollóse la tragedia y se vieron aparecer algunas piezas regulares de mismo gusto que las de los antiguos. La comedia adquirió un carácter mas original que la tragedia, y la sátira adoptó con igual éxito tan pronto el tono burlesco y ligero como el grave y mordaz, para zaherir con vigor todos los vicios de la sociedad.

En fin, la prosa italiana se perfeccionó refiriendo la historia ó divirtiéndose en inventar novelas. Maquiavelo, cuya política ha llegado á ser tristemente proverbial, contribuyó muy